

luego de intensas batallas, flechas envenenadas que se cruzan con disparos de arcabuces y también de batallas interiores en los espíritus de los protagonistas. Los nativos viven el desconcierto: sus tierras arrancadas, sus compañeros esclavizados y sus dioses ¿dónde están? El texto es una mezcla de historia, leyenda y ficción contada de manera amena y romántica, sin violencia, por María Luz Arrieta. Al final presenta la bibliografía consultada, la lista de los personajes —indígenas y españoles— históricos que ella incluye en las acciones; y un mapa de la época, que abarca la región citada: el territorio chibcha.

Según los presentadores, los editores y el título de la serie —Biblioteca Familiar—, es un libro escrito para jóvenes, un texto escolar y de estudio. Es tal vez la continuación de una obra anterior, *El último cacique de la sabana*, que narra los episodios que vivió el cacique Tisquesusa, de Bacatá. En *El final de los dioses chibchas* el relato continúa, al parecer, con los mismos personajes. Cuenta el viaje del gobernador encargado de Santa Marta, Jerónimo Lebrón, acompañado por un grupo de colonizadores españoles: hombres y mujeres, soldados y misioneros que suben por el Magdalena con destinos diferentes. El gobernador viene a revisar las encomiendas, a hacer sus negocios, a recoger los tesoros, a cobrar los tributos, a confirmar su poder. Las esposas de los encomenderos llegan a encontrarse con ellos en las encomiendas. Los misioneros, a cumplir la tarea de imponer una nueva religión, enseñar otro Dios, bautizar y recoger los ídolos de oro para fundirlos en lingotes y llenar las arcas de la Iglesia; y probablemente seguir preguntándose si los indios tendrán alma. Los soldados los acompañan para defender lo conquistado para su rey. Los aventureros vienen en busca de fortuna, y las aventureras sin dote en busca de marido. Entonces la autora cuenta lo ocurrido en el enfrentamiento de los recién llegados con lo nuevo y desconocido, lo salvaje y lo mágico; y lo que ha venido sucediendo a nuestros antepasados en el territorio que antes fuera suyo.

El trabajo tiene de valioso el rescate del pasado de manera diferente, donde los nativos americanos son también protagonistas del encuentro de su cultura y la cultura hispánica. Al tratar de recrear personajes como los caciques Tabio y Tenjo, la princesa Hunza, la curandera Cerinda, establece diálogos, les hace experimentar confusión, odio, miedo, al sentirse abandonados por sus dioses, y rabia por haber sido profanados sus santuarios.

Tiene de interesante su fácil lectura y el relato directo: es uno de los pocos libros en que un joven o una joven puede leer, en forma breve, acerca de cómo fue el encuentro, qué pensaban y sentían los encomenderos, los misioneros, el gobernador, las mujeres españolas y las indígenas. Todo esto, claro, de manera esquemática, simplificada, lineal, una o dos pinceladas pero en el mismo tono.

Tiene de distinto que la autora incluye a la mujer en la historia, ¡por fin! Mujeres actoras, aunque, desafortunadamente, cae en los estereotipos, que no se justifican ni por el hecho de que sea para jóvenes. Los unos son muy buenos, los otros muy malos. Hay una encomienda que funciona perfectamente con casona solariega. Las mujeres blancas dan gritos por miedo a las flechas envenenadas o a los caimanes. Las indígenas son bellísimas, morenas de ojos aindiados, ¿no habría indias feas? Sin embargo, los dibujos las ilustran con rasgos europeos. Y, claro, el amor con final feliz, incluido el oficio de celestina. Así como la autora los muestra, parece que indígenas y españoles fueran la misma raza, igual cultura. ¿No era, pues, su espíritu muy diferente? ¿No es posible pensarlos con un pensamiento no occidental, cristiano y colonizador? Porque una indígena, por más que esté bautizada y casada con español, no se comportará o sentirá y expresará como andaluza.

No obstante, es bonito cómo describe, aunque tímida, la geografía, las regiones que cruzan, y logra crear cierto ambiente, algunos detalles y momentos como la llegada al santuario de Chibchacún. También recrea un poco lo cotidiano, los usos y cos-

tumbres, de los cuales María Luz Arrieta logra hacer partícipe al lector-lectora, a pesar de lo esquemático.

DORA CECILIA RAMÍREZ



EL OJO AJENO

Collage colombiano Un aún inconcluso viaje de iniciación

Edward Shaw

Colombia, para mí, es un viaje que empezó el 15 de diciembre de 1950 —a la tierna edad de catorce años— y que sigue fluyendo por los luminosos canales de mi memoria. Colombia cambió mi camino. Me convirtió en aventurero de la vida, en uno de los primeros pioneros posmodernos, en residente del globo grande, sin ataduras a una sola patria, sin las fronteras de tinta negra que aparecen en los mapas.

Descubrí mi propio Macondo antes que García Márquez lo tallara en palabras; conocí a los personajes de Botero antes que los adhiriera tan finamente a la tela; sentí mi Sudamérica antes que Arciniegas definiera la libertad y el miedo.

La Colombia de mis primeras impresiones: una época anterior a la droga; un período de paz entre luchas guerrilleras, preludio de una aún más aguda; el Caribe de las primeras cumbias; los Llanos desiertos de cuerpo y alma; la Colombia de la bota bruta; la América emergente de la brocha de Diego Rivera.

Un adolescente de los suburbios de Nueva York, de un Manhattan pulcro y puritano, que apenas estaba probando las tentaciones de la posguerra, trasladado a un país andino. Variaciones climáticas, alturas que atacaban los corazones neófitos, sombras que amenazaban al desprevenido en aquellos años de Rojas Pinilla.

Mi primer recuerdo de Bogotá: el olor. La nafta dejaba sus residuos en la nariz; el Pielroja, su acre dulzura. La comida: frutas desconocidas, salsas extrañas, texturas no reconocibles, perfumes que impregnaban la ropa, el pelo, persiguiéndome hasta en la cama.

Las tinieblas generalizadas en las estrechas calles del Bogotá nocturno; los metros de tela gris oscura que envolvía a todos: sacos, sobretodos, ruanas, una monotonía de tonos grisáceos que reflejaba tantas veces el cielo opresivo. Las caras, con facciones nunca registradas por ojos curiosos pero inexpertos. Con cada ojeada devoré infinitas novedades.

Los ruidos de una ciudad en frenético movimiento, en contraste con el silencio impuesto, a sus espaldas, por las inmóviles montañas. La vida conducida en otra lengua, por palabras que apenas podía separar como tales. A veces, ametralladoras de sonidos que me aturdían. Mis pocos meses de castellano no me servían frente a tal avalancha de expresividad.

La sopa con sabor de especias desconocidas; el arequipe, dulzón, empalagoso; hasta la carne guardaba un gusto que me sorprendía. Los platos aparecían en el mismo orden, pero presentados en otro idioma. Tal vez lo que más rompía mis esquemas: la comida no tenía el sabor que esperaba de ella.

Me topé contra un mosaico de sensaciones que me costó trabajo asimilar. Había cambiado de mundo, de universo. Colombia parecía un planeta aparte, combinación de fantasías soñadas y realidades inesperadas. Colombia despertó en mis entrañas el reconocimiento de lo atractivo, de lo no experimentado: la seducción de lo primario, de lo esencial. Subía de su tierra una fuerza: en lo vegetal, tropical; en lo humano, primitiva. Me sentí en presencia de raíces profundas.

Como en cualquier relación, fui ahondando mis conocimientos a través del tiempo transcurrido y la distancia transitada.

Cronológicamente, fueron muchas las visitas y los viajes. Cada vez conocí otro rincón del país que me abrió las puertas al mundo.

El joven de Estados Unidos, en aquel entonces, generalmente iniciaba su salida al mundo exterior por algún puerto europeo, en camino a las capitales culturales, como Londres, París, Roma. Fue años más tarde cuando México y las islas del Caribe comenzaron a convertirse en polos de diversión para la juventud neoyorquina. Y Asia, África, hasta la Luna, fueron agregándose solamente con la creación del Cuerpo de Paz y la iniciación de los programas espaciales.

Colombia, en aquellos tiempos, se vestía con una gran dosis de exotismo. Juan Valdez todavía no había entrado en todos los hogares de la república norteamericana. Uno de los episodios que más recuerdo fue leer que un grupo de intolerantes, montados a caballo, habían irrumpido, cuando se celebraba un culto, en un templo protestante. Otra anomalía fue la llegada. ¡Qué iba a imaginar que el avión no lograría llegar a su destino el mismo día de su salida! En aquel Constellation de Panagra, después de hacer escalas en Miami y Kingston, aterrizamos en Barranquilla para pernoctar, en espera de seguir a Bogotá cuando el sol se elevara sobre el Caribe.

Así pasé mi primera noche fuera de mi patria, en el Hotel del Prado, comiendo un manjar de langostinos con salsa de coco, que todavía pro-



voca en mi paladar una feroz nostalgia. Bogotá, aquella primera vez, no se mostró, embozada en su capa de nubes, y tan sólo pude saludarla al liberarme del aeropuerto, tras participar, fascinado, en esos trámites de adultos que requieren la presentación de pasaportes y demás documentos afines.

En la casa de mi amigo de infancia, Fernando Toro, encontré otra versión de la vida, aquella que acontece entre latinos. La expresividad, la abierta demostración de afectos, la interrelación con el servicio doméstico. Esta calidez, agregada a lo exótico, me fue envolviendo en una telaraña de la cual jamás pude —ni quise— sustraerme, al punto tal que, casi cuarenta años después, me encuentro instalado en Buenos Aires, con mujer e hijos espléndidamente latinos.

Hay recuerdos que no ceden nunca su lugar privilegiado en mi memoria: observar la turbulenta tierra líquida, que es el río Magdalena, batida por la rueda lateral del vapor que nos llevaba río abajo desde La Dorada a Barranca, en el mejor estilo del río Misisipí de mis bisabuelos; o estar incómodamente posado en un árbol, a lo largo de una interminable noche, esperando que un jaguar se acercara para atacar la cabra que habíamos atado como cebo. Nunca apareció ninguna fiera, pero la frustrada aventura marcó un momento de iniciación en mi vida. Quise remontar en canoa un angostísimo arroyo, con la escopeta lista para bajar algún trofeo, cualquier trofeo que tontamente cruzara mi camino. Apareció un mono y tuve la agrídulce sensación de haber dado en el blanco. Cuando la pobre y flaca presa se puso rígida ante mis ojos, me di cuenta de que mi carrera de cazador había concluido tan rápido como había comenzado.

Después me llegó la Colombia de León de Greiff, de Jorge Isaacs, de José Eustasio Rivera. La Colombia de la selva, la Colombia romántica y la Colombia cerebral, que luego cedió a la Colombia fantástica, de la que tanto se ocupó Gabriel García Márquez. Hace poco encontré, en un viaje a Medellín, una foto de De Greiff, que me emocionó hondamente,

a los cinco años, vestido de niño elegante. Me llegó, así mismo la amistad tricontinental que me ha unido a Fernando y Cecilia Botero, como también los recuerdos de su hijo desaparecido, Pedrito, cantando; aquel chico que tendría la edad de mi hija Tania, y que en las charlas familiares fueron tema de inventados noviazgos futuros.

Todo empezó con Fernando Toro y sus padres, Emilio y Amelia, quienes incentivaron aquel viaje original a mis catorce años. Me estimularon a convertirme en sudamericano, a participar en el desarrollo de esta otra América, que en los años cincuenta parecía tener tanto para ofrecer, cuyo futuro se abriría como un gran abanico de lado a lado del arco iris. Y, como con el elixir de Alicia, así lo bebí, convirtiéndome en yanqui de botas de siete leguas que iba a la caza de fortunas, felinos, *femmes fatales* y la felicidad de acogerme a una misión, si no divina, por lo menos inspirada.

A veces la euforia me abandonaba, y encontrándome entre tanta fuerza bruta, entre tanta alocada expresividad, mi modo de ser, tan anglosajón, de limitadas palabras y sofocados gestos, parecía separarme para siempre de cualquier acercamiento a mi meta. Pero mi imaginación, mi poder de fantasía, siempre fueron más grandes que mis temores, y emprendí mis iniciales viajes alrededor de Colombia, este país que fue mi puerta de entrada a Sudamérica.

Bajar el Magdalena, subir el Opón, cruzar los Llanos, escalar el nevado del Ruiz, siempre con la sensación de ser pionero, de rescatar esa frescura que mis antepasados tal vez experimentaron al extender las fronteras del viejo oeste con más sensatez y menos romanticismo. Todo parecía posible en aquel entonces cuando, con singular certeza, la civilización occidental ofrecía el crecimiento como cápsula mágica para difundir la felicidad.

Compré parte de una finca con Fernando y sus hermanos. Hace treinta años, cuando los Llanos empezaron a revivir después de su lamentable desangre, me parecía que no se debía perder la oportunidad de participar en la reocupación de estas vas-

tas tierras. Acostumbrado a un tambo familiar en donde se sabía a ciencia cierta que todo respondía, la odisea de instalar una actividad ganadera en medio del Meta proveía las incalculables posibilidades del pasmo.

Pero ser propietario de tapires, hasta de un oso hormiguero, de todo un territorio rodeado por ríos y caños, bordeado de palmeras, me parecía igual a poseer mi propio pedazo del paraíso en el aquí y ahora. No conté con los peligros de tal empresa, en tal lugar. Recuerdo la vez que casi condené a mis padres a un entierro precoz, por considerar como tal lo que nos habían vendido como aeropuerto apropiado para recibir cualquier avioneta: nunca había visto un piloto cambiar de color tan repentinamente, pero la suerte nos acompañó, y por centímetros pudimos aterrizar y despegar.

O cuando una araña del tamaño de un puño decidió transitar el cuerpo de mi hermana, en camino de un lado a otro de la cama. O la culebra enroscada que miraba a mi mujer como lujurioso sádico, en el precario baño de la finca. Momentos éstos ya superados, pero que cuando sucedieron nos colocaron al borde del pánico desenfrenado.

Cruzar los llanos en campero: un vasto horizonte, todo el enorme pastizal como un posible camino conducente a lugares paradisíacos; sentirse solo, en un espacio tan extenso como un condado europeo, con una bandada de gansos canadienses que hacían escala en una laguna; el sol que bañaba todo en suaves colores durante su ocaso diario; toparse con un animal al que, por lo común, tan sólo se le encuentra en un zoológico, son experiencias que hoy aprovechan las fábricas de zapatos deportivos para venderle a uno como *highs*: ocurren sólo cuando corre parejo media hora en sus flamantes Adidas. Pero quienes descubrimos las maravillas del mundo a solas, nos damos cuenta de que estas sensaciones pertenecen a los ojos del asombrado, del que los abre ante lo inesperado, en esas circunstancias en que la naturaleza se revela tan nítidamente.

Colombia, en verdad, me condujo a un eterno viaje. No me atrapó, tal

vez porque no me otorgó la compañera que buscaba, como Diógenes, en cada rincón de mi persistente periplo. Fue en la Argentina, años después, donde ella se materializó. Más tarde, durante una temporada, hasta me acompañó por los caminos más abandonados de Colombia. Noches en posadas pueblerinas, donde las habitaciones se separaban tan sólo por bastidores de tela; donde, al alba, todos los comensales se reunían en el patio central para lavarse los dientes y tomar el primer café del día. Y ella, abstemia por naturaleza, se fortalecía con un sorbito de aguardiente, una manera de dilatar su visión de la estética.



Tuve la insólita suerte de dar mi mano a media docena de presidentes colombianos. El primer apretón de manos no fue de igual a igual: yo tenía apenas once años. Un día de sol brillante, caminando por la elegante avenida Park, de Nueva York, Emilio Toro me presentó a Alfonso López Pumarejo. Después, en la casa de Emilio en Bogotá, desfilaron todos: los Lleras, Alfonsito. En el casamiento de Fernando conocí la mano de Pastrana. Cuando formé parte del equipo que fundó Artesanías de Colombia, recibimos a Guillermo León Valencia. Siempre, yo, en el papel de ser una mano más entre tantas que resumen la vida pública de un presidente.

Más tarde, tuve con Belisario la suerte de sentir su calidez y de sentirme reconocido. Años atrás, había comprado un ejemplar de *Colombia cara a cara* (1961), cuando Belisario era sólo senador. Como todo papel que encuentro en mi camino, lo había

guardado cuidadosamente. Cuando supe que iba a participar en una entrevista colectiva con un grupo de colegas argentinos, llevé el libro conmigo. En el acto de presentación, saqué el libro e hice notar a don Belisario que su aspecto no había variado con la foto de la contratapa, treinta años atrás. Belisario dedicó "este libro de viejas ilusiones" a mi hijo, y recibí un fuerte apretón de manos combinado con una mirada chispeante.

Un día, en 1964, pasando por la librería Central, donde antes habían colgado los primeros Boteros que adquirí, descubrí el fantástico mundo de Noé León. Era su primera incursión en el mercado de arte de Bogotá, y compré *Misionero comido por tigre*, cuadro que todavía gozo. Un par de años después, tuve que pasar por la costa, y decidí tratar de localizar al autor de este inquietante tema. Fue imposible rastrearlo. Siempre me ha quedado la incógnita de si realmente existía este personaje tan particular, o de si, más bien, no había sido el invento de un periodista genial, con gran talento artístico, que aparentaba auspiciarlo. En todo caso, la pintura me llenaba de alegría, —no por la muerte del pobre misionero, naturalmente, sino por el efusivo tratamiento de la selva— y, por conducto de dicho periodista, pude conseguir varios leones más.

Entre todos los viajes, se destacan aquellos en medio de las lluvias de los Llanos, donde desaparecían las huellas del camino bajo un opaco espejo de agua y nos guiábamos por brújula, como si anduviéramos en avión. O aquellos por los circunspectos pueblos coloniales de Boyacá, o, a través de sinuosos caminos, por las alturas andinas de Cauca y Nariño. El más azaroso fue en canoa, por la ciénaga de Zapatosa. Desembarcamos en el caño Anima Grande, rumbo a un lejano Chimichagua. Bajar el río me trajo recuerdos de todas las aventuras de los exploradores que tanto se esforzaron para encontrar El Dorado o las fuentes del Nilo. Sufrimos desastres menores, premios a la inexperiencia. Se volcaba la canoa, y la comida se humedecía; nos atacaban hormigas con mandíbulas de tiburón, mosquitos con agujijones de raya.



Había lugares donde teníamos que talar árboles. A veces debíamos llevar la canoa por tierra. De noche, los astutos mosquitos nos atacaban desde abajo, penetrando la gruesa tela de nuestras hamacas, que se hallaban cubiertas, desde luego, por impenetrables mosquiteros. Pero también había recompensas: asar y comer un pescado recién atrapado, estar aparentemente solos en la inmensa laguna, rodeados por millones de pájaros. Durante varios días navegamos, encontrando primitivos pueblitos y pobrísimo pescadores. Afortunadamente, habíamos llevado suficiente agua potable y no nos ocurrieron mayores desgracias.

De Tolú a Puerto Gaitán, de Buenaventura a Santa Marta, pasando por Ráquira o Sabanagrande, las mil y una Colombias que palpitan por mis vías energéticas conforman a veces un gran mural que se consolida en la exuberancia de una explosión pictórica de Obregón, la fantasía de García Márquez, ese cariño con que trata sus temas Botero, hasta en la traviesa profundidad de los poemas de De Greiff.

Empecé en Colombia mis incursiones al mundo de los negocios, en diversas actividades industriales durante distintos viajes. La finca en los llanos terminó convirtiéndose en coto de caza de unos deportistas caldenses. Pasé por insignificantes episodios filatélicos y fracasadas búsquedas de tesoros precolombinos. Finalmente, opté por combinar la tecnología yanqui con las materias primas colombianas, y entré en una sociedad que habían adquirido Fernando Toro y su hermano Felipe para la elabora-

ción de productos alimenticios derivados del maní. En realidad, la industria consistía en una batidora semi-industrial, unos asadores de horno y una anciana dama de San Andrés que dirigía la media docena de niñas que freían los maníes y los empaquetaban en sobres de celofán.

Después de haber sobrevivido la vida universitaria estadounidense gracias a *peanut butter*, pegajosa sustancia preparada a base de maní molido, bautizamos nuestro producto con el nombre de "crema de cacahuete". No resultó ser muy atractivo en las estanterías de los supermercados Carulla: el aceite se separaba de la pasta y muchas veces logró escaparse, porque nuestra máquina de sellar tapas no funcionaba del todo bien. Un día hicimos una venta multimillonaria a un comerciante de Neiva. Vino con su camión y llevó todas las existencias, dejando a cambio un cheque. En aquel instante conocí mi primer cheque "chimbo".

En uno de mis viajes a Colombia, navegando por el Caribe en bote de vela, conocí en Trinidad unos hermanos que fabricaban una bebida de maní batido con leche: *peanut butter punch*. Lo vendían a los colegios, entre los cuales disfrutaba de gran éxito, por su alto valor nutritivo. Los Toros tenían un primo con una pasteurizadora importante. Ofreció hacer una prueba de mercado. El resultado fue un excelente elixir, repleto de todos los elementos que reclamaba el cuerpo humano. Empezamos a entregar las botellas en las casas de sus clientes. Bien pronto nos dimos cuenta de nuestro nuevo fracaso. Al segundo día, el producto se fermentaba y explotaba, cubriendo el interior de la heladera con una fina capa de pegajoso engrudo láctico. Después de un veloz e igualmente fallido experimento como accionista de una fábrica de vehículos de tres ruedas, abandoné mi carrera como empresario en Colombia. Decidí probar suerte en la bolsa. Compré unos acciones por valor de quinientos dólares. Subieron al doble. Cuando vendí en seguida, volvieron a bajar, con la misma velocidad, a la mitad.

Alguien menos ingenuo hubiera tal vez aprendido alguna lección de

estas experiencias. A mí me sirvieron como temas de reflexión y de cuentos de sobremesa. Por suerte, a lo largo de este precipitado recorrido como autor de mi propio *El Dorado*, conservaba los cuadros de Botero y, más importante aún, a mis amigos colombianos, aquellos que me presentaron a su país, que me acogieron en sus hogares como hermanos.

Cada viaje es un concierto de lugares, acontecimientos y personajes. Para mí, Colombia se inició en los corazones de la familia Toro: Fernando, sus hermanos Rodrigo, Pablo y Felipe, y sus padres Emilio y Amelia. Cada uno me hizo sentir parte de una gran familia, cómplice en sus múltiples actividades, valorizado y entendido. Mientras tuve que luchar con mis primeras palabras en castellano, en ese frustrante aprendizaje de la comunicación, demostraban infinita paciencia y compasivo buen humor. Nos unen treinta y cinco años de amistad la cual me ha conferido, a lo largo de todo ese tiempo, el título de colombiano por adopción.

Desconocidos compañeros de ruta, apreciados compañeros de trabajo en las oficinas de Ecopetrol, donde tuve mi primera, y última, experiencia como burócrata; en Artesanías de Colombia, donde luché para imponer una idea: que las artesanías colombianas podían exportarse con provecho comercial; un par de familias que habitaron nuestra finca en los Llanos, cuidando 20.000 hectáreas con una sola bicicleta.

Mi par, el pintor Jim Amaral, quien se encontró con su colombiana Olga, y que ahora goza de los frutos de su creación más fecunda en Colombia: sus hijos Diego y Andrea, creadores, ellos mismos, por derecho propio. Recuerdo los numerosos y buenos momentos compartidos, en conversaciones que tanto trataron de aclarar las diferencias culturales de los pueblos.

Ahora, por suerte, en Buenos Aires, cuento con mi vecino colombiano, y es, como tenía que ser, un poeta. Buen amigo de una red internacional de extravagantes personajes, Juan Gustavo Cobo Borda siempre encuentra, entre su infernal productividad y su labor de diplomático, momentos para

recordarnos a Colombia. En él se concentra todo eso que distingue a la querida gente colombiana: entusiasmo, calidez, claridad y compromiso. Él me ha cedido, también, la amistad de sus amigos: Daniel Samper y Mauricio Obregón, brillantes exponentes de las maravillas que puede producir la cultura de un país pequeño pero profundo, como Colombia.

Colombia, que me concedió vivir la plenitud de la amistad, reteniendo sólo los misterios del amor. Que nos dio una ahijada, Fabiola, cuyas cartas fielmente cuentan su peregrinaje por los senderos de su vida veinteañera. Colombia, ahora conocida más por los sombríos títulos de los diarios, que anuncian sistemáticamente sus desgracias. Colombia, que corre por mis venas, convertida en definitivo componente de mi propia sangre. Colombia, aquella tierra de mi iniciación, que tanto dio para ensanchar mis fronteras.

*Juego mi vida, cambio mi vida.
De todos modos
la llevo perdida...*

*Y la juego o la cambio por el
más infantil espejismo,
la dono en usufructo, o la
/regalo...*

En Colombia aprendí —como le sucedió a De Greiff— a jugar la vida, a cambiarla. Ahora acepto que la llevo perdida, en la medida que no la puedo llevar conmigo hacia la eternidad. Pero, sí que puedo vivirla y disfrutarla, llenándola de experiencias, como fue para mí el descubrimiento del mundo a través de Colom-



bia. Y más adelante, los demás viajes, que cada vez más me van adentrando en la magia, que es este mundo y sus seres. Agradecido estoy con Colombia, que me permitió dar los primeros pasos de una caminata todavía inconclusa.

Germán Vargas Cantillo

Dijo la prensa que Germán Vargas murió en Barranquilla el 21 de mayo de 1991. A quienes no aceptamos la evidencia del hecho, resulta imposible referirnos a él con nuestras propias palabras. Por esto, el Boletín Cultural y Bibliográfico transcribe lo que otros dijeron. D.J.A.

EL ARTE DE HOY

Germán Vargas se llevó la risa

Se murió Germán Vargas. Nuevamente sentimos el peso de lo irremediable que es siempre injusto. Esas son partidas que nos dejan el más profundo vacío: no veremos ni oiremos más al ser extraordinario. Alguien que se llevó intacta la mirada cristalina de la ecuanimidad. Caminaba cargado de ligereza porque vivía en la sabiduría de las cosas postergadas pues conocía la certeza de lo irrelevante. Y en cada una de esas susstracciones no postergaba la vida sino que le daba más impulso a las que realmente tenían importancia. Para él nada estaba disfrazado de pompa, ni presuntuosa arrogancia. La sencillez que lo hacía cada vez más grande. Su manera aparentemente simple de explorar el mundo dejaba la esencia de la síntesis. Indudablemente Germán Vargas fue el gran crítico literario de nuestra época, el que le buscaba a las páginas el sentido del hombre. Siempre estuvo escondido entre las líneas y los libros porque creyó desde joven que ya habían demasiados escritores en el mundo y que él no quería ser otro más de una inmensa multitud. Mantuvo la certeza de unos límites y su creación se la dedicó para que